

Mientras tanto, en la posada

La posada del almirante Benbow

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

CAMILO MARÍN LÓPEZ (ilustración)

Universidad de Caldas, Manizales, 2014,
44 págs., il.

DIECISIETE AÑOS después de la publicación del libro de cuentos *La posada del almirante Benbow* (1997) del escritor manizaleño Octavio Escobar Giraldo, la Universidad de Caldas hizo la edición del cuento que da título al libro, en pasta dura y con ocho bellas ilustraciones de Camilo Marín López. El cuento es lo que en el mundo de las series televisivas se conoce como un *spin-off*, o serie derivada, que consiste en tomar un elemento o un personaje de una narración y desarrollar un relato que tiene lugar en el mismo universo de la historia original.

La posada del almirante Benbow es, como su nombre lo sugiere, la primera parte de la famosa novela *La isla del tesoro*, del escritor escocés Robert Louis Stevenson. Lo primero que salta a la vista en esta ingeniosa reinvención de la novela es el cambio de perspectiva, sin que eso signifique desmentir los hechos que llevarán a Jim Hawkins a aventurarse en busca del tesoro oculto del capitán Flint. Los hechos son los mismos, pero no quien los narra: en la novela de Stevenson, esa es tarea de Jim, mientras que en el cuento, lo hace la señora Hawkins, madre de Jim y administradora de la posada. Ella escribe tres cartas que envía a Bristol a una tal señora Elinor Hinton, y esto conduce a que el tiempo de la narración esté mucho más cerca del tiempo del relato en el cuento, que en la novela, lo que le permite a Escobar Giraldo hacer un recuento de los hechos más inmediato, más errático e íntimo

Hay otras diferencias además de las formales: la novela empieza en el momento de la llegada de Billy Bones a la posada, mientras que el cuento se inicia justo después de la muerte del señor Hawkins. “Abajo velan al señor Hawkins y mi corazón lo llora sin descanso” (p. 8), escribe la señora Hawkins. De ahí en adelante, el cuento trata los mismos acontecimientos narrados en la novela –la muerte de Billy

Bones, la huida de la posada, el arribo de los piratas y el descubrimiento del mapa del tesoro–; claro que el autor se cuida de imitar y también de alejarse demasiado del estilo de Stevenson, lo que sería un desacierto.

Leer *La posada del almirante Benbow* es participar en el juego de Escobar Giraldo. Y digo *juego* porque la reinvención de un clásico de la literatura de aventuras se parece mucho al juego infantil en el que la imaginación, provocada por la lectura, se apropia de la historia para contarla de nuevo, para adecuarla y continuarla. Otro juego posible es volver a la novela de Stevenson para descubrir los vacíos de los que se vale Escobar Giraldo para contar una historia distinta. Esto ocurre más que nada al final de la primera carta, cuando la señora Hawkins escribe que el *squire* Trelawney (el mismo terrateniente imprudente de la novela que financia la expedición a la isla y que en más de una ocasión pone en peligro a la tripulación) le ha mostrado un reloj con un grabado en el vidrio que, al calentarse y perder su opacidad, revela “una escena pecaminosa entre una doncella con las faldas levantadas y un caballero a medio vestir, en la que resaltaban sus órganos íntimos” (p. 16).

La señora Hawkins continúa diciendo que en ese momento le exigió retirarse al *squire*, a lo que el otro respondió insinuándosele descaradamente: “con decirte que hasta afirmé que la enfermedad del señor Hawkins maduraba mis carnes de forma que no estaba mi esposo en capacidad de aprovechar”. (p. 16)

El tratamiento del componente sexual, velado en la primera carta, irá saliendo a flote poco a poco hasta exponerse plenamente en la tercera, en la que la señora Hawkins escribe: “a su lado comprendí que mi naturaleza disfruta de una boca y una lengua que la honren” (p. 38), y llega incluso a describir el placer de una felación: “cuan grato es guardar en la boca un deleite que crece para mutuo contento, que colma en la medida que lo sacias” (p. 38). La viudez y el paso de los días avivarán el deseo carnal de la señora Hawkins, pero no será el *squire* Trelawney quien calme sus ansias. Es precisamente en este aspecto, el de la sensualidad, el de la tensión y

la atracción sexual, en el que el relato de Escobar Giraldo se diferencia más del de Stevenson, en el que no se desarrolla el elemento sexual.

Al final de la tercera carta, la señora Hawkins le cuenta a su querida Elinor, que el doctor Livesey y Jim han partido ya en busca de la isla del tesoro, lo que nos recuerda que la suya es una historia ignorada. La de la mujer que se queda, la de la apocada figura femenina tradicional.

Santiago Cepeda